

PICASSOS EN EL DESVÁN

Ricardo Gullón

DIME cómo cuentas y sabré quién eres. El arte de contar tiende tanto a sorprender como a distraer, y cuando descubra tu modo de sorprender podré poner el punto sobre la «i» de tu personalidad. Entretenimiento y sorpresa coinciden en los relatos de Antonio Pereira, en los de ayer y en los de ahora, reunidos éstos bajo el título «Picassos en el desván ».

Si en la novela, y aun en la novela corta, la sorpresa es amortiguada por la lenta progresión del argumento, en el cuento no sucede así: de modo súbito asalta al lector lo inesperado. Lo imprevisible es la mejor carta de que dispone el autor, y Pereira, lejos de ignorarlo, apuesta fuerte al echarla sobre la mesa.

Buenos años los suyos, desde «El ingeniero Balboa», donde lo real cotidiano se trasciende por el humor, hasta «El síndrome de Estocolmo», espacio de la ficcionalización del escritor -y de su mujer- para mostrar cómo se escribe un cuento, viviéndolo. Socarrón y verdezuelo, imaginativo y tierno, se ha instalado con preferencia en una comarca de referente familiar que es tan suya y tan personal como lo es de William Faulkner el condado de Yoknapatawpha.

Poder de invención espacial compartido con los mejores -Quiroga y sus enclaves, Leopoldo Alas y su ciudad -: un universo de consistencia tangible, aun si el mito flota enmascarado entre las nubes: un universo habitado por figuras de estirpe cercana que la palabra transforma; zonas que el lector conoce, o cree conocer -como el marido cree conocer a su esposa, de cuyo almario ignora el contenido-, pasan de materia a sustancia, espacio textual.

Situados en ese ámbito, los entes ficticios tienen aire de familia: partícipes de una atmósfera común. Su impregnación los hace parecidos entre sí y distintos de los habitantes de otros mundos, al modo como los del Bierzo, pongo por caso, se diferencian de los de Sahagún. Con nombre, o innominado, el espacio pereirano es identificable sin dificultad. En «Picassos...» un fenómeno de traslación empujó el territorio hacia el Norte y hacia la costa. Sin que el corrimiento de tierras signifique alteración de recursos estilísticos.

Limitación en lo espacial y en lo temporal: un territorio limitado geográficamente y un tiempo señalado como actual por el presente narrativo: los hechos acontecen, están aconteciendo mientras el narrador los expone. Los actuantes funcionales sin duda, viven ante el lector en la hora del autor «cobran vida », según se decía anteayer, y desde la página hacen gestos de reconocimiento.

Años atrás pensé, con relación a Pereira, en la comedia humana: comedia en pequeña escala, en la que son y coexisten los más sencillos y los más complicados ejemplares de la Humanidad: Elisa no es Francesca, ni lirio del valle: para a su

representatividad le basta con ser quien es, una mujer hermosa -ejerciente de tentadora- cuerpo desnudo recorrido sin urgencia por la mirada del narrador y la mano del personaje.

Y puesto que en esas estamos -en espaldas y en otros encantos- aprovecharé la ocasión para decir que los figurantes de estos relatos tienen de común con el narrador la tendencia a los juegos eróticos, tendencia cercana a la obsesión, manifiesta en imágenes y símiles que ganarían en variedad si no incurrieran con tanta frecuencia en lo mismo.

La sensualidad no se limita al deleite sexual -o a la insinuación de lo sexual-: alcanza del modo más natural a los frutos de la mar y del río, a los sabores de la tierra, al olor de las aguas... Sentir con los sentidos, tal es la válida redundancia aplicable si los oídos y el paladar y la piel participan en la lectura.

Contarlo todo es un error, como lo es caer en lo explícito cuando la sugerencia basta. Quiere el autor lectores estimulados por la entrelínea, ojos que sigan los suyos. Imaginaciones complementarias o, según el vocabulario crítico reciente, generativas: que el lector visualice lo que el texto calla. Elisa, desnuda, de espaldas, le dice al joven masajista: «Ahora me lo vas a hacer por delante, maragatín. Si quieres cierras los ojos.» De abrirlos se encargará el otro que escucha.

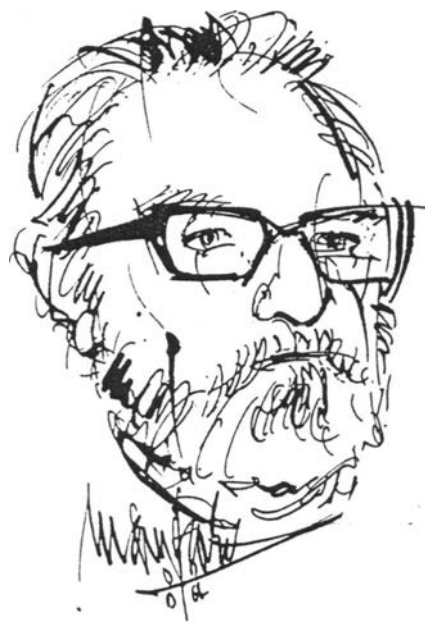
Pongamos, además, la fantasía, y para ejercitarla, la salida ocasional del dominio familiar, o la admisión en él de una extraña: La afición al viaje caracteriza al narrador; viaje con retorno para que Antonio conozca a Jorge (Borges) y a Nilita (Vientós) y extraiga del conocimiento y relación retratos y recuerdos muy vivos.

«La aventura» mejor se corre fuera de casa; después de todo -a los de por aquí nos gustan los viajes, y es por contarlos al volver». Viajar para recordar y contar lo recordado -apenas nada: una noche en el descampado-. Una dosis moderada de fantasía ni aquí ni en «La barbera alemana» -ejemplo de intrusión de lo remoto en lo inmediato- perturba la construcción realista de las figuras y del ambiente.

Al achicarse no se empequeñece el cuento: concentrado se proyecta hacia formas simples, germinales acaso: la noticia, el resumen, la anécdota, la evocación... En estos sistemas de reducida extensión en longitud, no en profundidad, busca Pereira el instante de la revelación, y en siete líneas lo encuentra, con mansas resonancias eróticas - «La violinista»-, o en nueve, con el delicado lirismo de lo imposible - «La esquila»-.

Actos de lenguaje marcados por la intensidad y por la retórica de la condensación elevada al cubo logran, en sus momentos más felices, una rápida y penetrante fuerza de sugestión.

La insinuación del posible desarrollo del resumen en historia de mayor calado se establece en las veinte palabras lineales de «El escalatorres», declaración del dramatismo potencial del incidente y de la miseria humana. Una excepción en el corpus narrativo de Antonio Pereira. Su fuerte no es el drama, sino la comedia que humor e ironía tejen en torno a la sombra del figurón que los reúne, o a la del loco encaramado



en la torre.

Si en la novela, y aún en la novela-corta,
la sorpresa es amortiguada por la lenta progre-
sión del argumento, en el cuento no sucede así; de
modo súbito asalta al lector lo inesperado. Lo im-
pensable es la mejor carta de que dispone el autor,
y Benavente, lejos de ignorarlo, aprovecha hasta el extremo
sobre la mesa.